

por piedra el edificio de promesas y terrores que habian edificado á tanta costa las tres cortes. Defendieron á la Compañía de Jesus con elocuencia y firmeza, y se lamentaron al ver ofrecidos en holocausto á incalificables prevenciones, los derechos y la independencia de la Iglesia. Bernis, sin tener que contestar á las reconvenções que se le dirigieron, trató de salir adelante, poniendo en juego la cuestion de personalidad, y se levantó diciendo: "La igualdad debe reinar entre nosotros; todos nos encontramos aquí con idénticos derechos, y con el mismo título."

Al oír estas palabras, el anciano Alejandro Albani (1) quitándose de la cabeza el birrete cardenalicio y con una voz firme, llena de autoridad, exclamó: "Nada ménos que eso, eminencia. Los que estamos aquí no tenemos igual título, porque no ha sido una vil cortesana la que ha colocado este birrete sobre mis sienes."

El recuerdo de la marquesa de Pompadour evocado en el cónclave cerró la boca al cardenal de Bernis. La alusion no podia

---

(1) En esta época, como en todas las demas, en las que las cortes extranjeras han querido emplear su accion sobre la Santa Sede, existian en Roma, ademas de los agentes diplomáticos, varios intrigantes de segundo órden, que secundaban los pasos de su embajador, segun el salario que de éstos recibian. La Francia tenia entónces en la ciudad pontifical uno de estos calumniadores manifiestos á quienes se paga y se desprecia al mismo tiempo. Este hombre, llamado Dufour, estaba á sueldo del jansenismo, que le habia colocado bajo la proteccion del cardenal Passionei, y servia á la vez de corresponsal al cardenal de Bernis, al procurador general Joly de Fleury, á D' Alembert y á todos aquellos que tenian necesidad de estar mal informados. La voluminosa correspondencia de Dufour está en nuestro poder. La hemos recorrido y estudiado, y nos hemos ruborizado, porque jamas acaso la mentira se ha revestido de formas mas cínicas. Comienza esta correspondencia en 1766, y he aquí lo que envía á decir al cardenal de Bernis respecto á su futuro antagonista en el cónclave, el cardenal Alejandro Albani: "Su carácter se manifiesta al instante; se le ve taimado, sin que pueda descubrirse ninguna de sus astucias; hipócrita, sin que los Jesuitas puedan dudarle, y vengativo é implacable. Sin embargo, á pesar de tales disposiciones, sintió la necesidad que tenia de aceptar las proposiciones que los Jesuitas le tenian hechas ya mucho tiempo hacia. Hizo su trato con éstos, se vendió á dinero contante, y se entregó sin reserva á estos padres. Sus nuevos dueños dieron á su nuevo esclavo pruebas de su poder; lo que despertó en él toda la avaricia, cuyo gérmea llevaba en su corazon, y aquellos no han cesado de fomentar una pasion, de la que, al ménos en la apariencia, han sacado mucho fruto. Alejandro ya satisfecho comprendió que toda su fortuna dependia del reconocimiento que tuviese con esa Sociedad. Por eso jamas ha cesado de servirla cerca de los generales de esta Compañía, la cual puede gloriarse de ser en esto la única en el mundo, pues el cardenal Alejandro Albani jamas ha tenido con ella la menor ingratitud."

"Alejandro es de todos los cardenales (continúa este Dufour panegirista asalariado del duque de Choiseul, de los galicanos y de los jansenistas) el que está mas imbuido en las ridiculas máximas de la corte romana sobre el poder real. Todo lo ignora, excepto las pretensiones que llama ultramontanas, las que sabe de memoria, y las aplicará mas allá todavia de lo que hizo en otro tiempo Gregorio VII, si estuviera en su mano."

ser mas directa y penetró hasta el corazon. Al dia siguiente de esta escena, 19 de Abril, la correspondencia de Bernis con D' Aubeterre indica algo de la cruel reconvenção de Albani: "¿Por qué razon, dice Bernis á su confidente diplomático, hemos creído oportuno que Orsini diga á ese viejo zorro (alude á Albani) que la corte de Nápoles, contando con su adhesion por todos conceptos, y especialmente por las abadías que él y su sobrino disfrutaban en el reino de Nápoles, desearia estar instruida acerca de su modo de pensar y obrar en los negocios del cónclave, y que la explicase sus miras é intenciones para el gobierno de su magestad siciliana? ¿Cuánto dará esto que pensar á ese gefe intrigante!"

Esto no era mas que contestar á una dura leccion con un sistema culpable de una intimidacion. Los cardenales que estaban al servicio de las coronas le practicaban sordamente, y el mismo D' Aubeterre, que dió el primer ejemplo, no se tomó tanto cuidado para ocultarle cuando escribió al duque de Choiseul el 6 de Febrero: "Creo que debemos hablar al cardenal de York. Es muy probable que este príncipe, tanto por su modo de pensar, que ya es muy diferente al de otro tiempo desde que se separó enteramente de los Jesuitas, como por reconocimiento á los beneficios que ha recibido de la Francia y de la España, seguirá completamente el partido de las coronas. Lo mismo digo del cardenal Lante. Tengo motivos para creer que no tiene, respecto á nosotros, la mejor voluntad. Por otra parte, en el cónclave pasado se condujo muy mal. Yo estoy resuelto á decirle con la mayor claridad, que si continúa conduciéndose lo mismo en éste, el rey no mirará su casa como adicta á su persona, y le retirará la proteccion que le ha dispensado; en cuyo caso nadie sabe lo que pudiera suceder con las rentas que posee en Francia."

El cardenal Lante no tuvo suficiente energía para resistir á esta intimacion. D' Aubeterre le dirigió estas amenazas ántes de la apertura del cónclave; y el 3 de Mayo, Bernis, escribiendo al duque de Choiseul, se da por *satisfecho* de Lante. Justo es que todas estas vergonzosas transacciones salgan al público en toda su desnudez. "Ya puedo, dice Bernis, hacer completa justicia al cardenal Lante. Se ha conducido perfectamente en este cónclave, y no dudo que, cuando llegue á ser decano del Sacro Colegio, merecerá que el rey acoja bondadosamente la instancia que le hará en favor del duque de Lante, su sobrino."

Bernis tenia por mision ganar votos á la causa de las potencias y neutralizar á los demas cardenales, cuyo voto no le fuese de antemano conocido. En su carta del 20 de Abril á D' Aubeterre, se lee: "Ganganelli, con quien uso de alguna galanteria, me ha asegurado que su voto estaba á mi disposicion. Mientras tanto, se ofrece ademas á nuestros enemigos para engañarlos mejor. No

aprueba el modo de obrar de mis colegas; pero aparenta tener mucho aprecio á mi persona.”

En estos combates ambiciosos la causa de los Jesuitas habia adelantado un paso inmenso. Ya se la unia á la libertad misma de la Santa Sede, y Azpuru, escribiendo al conde de Aranda, pudo muy bien decirle el 21 de Abril: “Mas afortunada vuestra excelencia que el gobierno del rey cristianísimo, no tiene necesidad de torturar los hechos y la ley para herir á la Compañía de Loyola. Su magestad ha decretado, y su decreto ha sido al punto ejecutado sin apelacion. El silencio, entre nosotros, vale mas que todos los procedimientos, puesto que Bernis tiene que afanarse para defenderlos miéntras yo no tengo que hacer mas que callar. Una acusacion muda se traduce de mil maneras. La Francia ha cometido la falta de pronunciar su última palabra sin presentar pruebas. Se las piden en el cónclave, miéntras que nosotros tenemos derecho para impedir toda discusion sobre el asunto, y quién duda que esto es preferible. Con efecto, nosotros no tenemos que demostrar la culpabilidad de los ignacianos sobre tal ó cual punto. El secreto del rey contesta á todo, y lleva consigo la muerte de los Jesuitas como condicion *sine qua non*. Poco importa que el crimen se halle probado ó no, si el acusado está condenado. Habrá alguna resistencia, pero al fin se llegará á consumar el sacrificio.”

La Iglesia se negaba á asociarse á la premeditada inquietud de las tres cortes. La corrupcion no bastaba para que progresase la intriga, y los ministros de las potencias juzgaron que conseguirian mas, empleando medios de terror. Ya no se habla de la simonía. Bernis y el cardenal Orsini se toman el trabajo de atemorizar al cónclave. Las ciudades de Aviñon, y Benevento Ponte-Corvo se hallaban ocupadas militarmente por las tropas de la casa de Borbon, la cual amenazaba con llevar mas adelante las hostilidades. Los monarcas de Francia y de España gozaban del privilegio de dos votos de exclusion en el Sacro Colegio. Una carta del cardenal de Bernis del 22 de Abril nos iniciará en el escándalo que á su nombre dejaron propagar estos príncipes. Se expresa en estos términos: “Si Azpuru fija su atencion en que las listas de Francia y España reunidas dan la exclusion á veinte y tres sugetos, y que el cónclave no se compondrá mas que de cuarenta y seis cardenales, despues de la llegada de los españoles, y que de éstos cuarenta y seis es preciso separar nueve ó diez que no son papables, ¿podrá encontrarse un papa? Azpuru me contestará que queda Sersale, al que no queremos aquí; Stoppani, á quien se quiere mucho menos; Malvezzi, á quien se tiene horror, despues que habló en nuestro favor; los napolitanos, que son demasiado jóvenes; Perelli y Pirelli, á quienes se reunirán pocos votos; Ganganelli, que es muy tímido y en demasía considerado. Azpuru insistirá en que el can-

sancio obligará á echar mano de Sersale; pero este mismo cansancio, unido á las voces que ya se han hecho correr contra la tiranía de las cortes, destruirá al fin el sistema de nuestra exclusion; los reyes nos abandonarán, y saldrá un papa á pesar nuestro.... El honor de las coronas es el que me hace hablar. Es imposible que éstas hagan un papa, excluyendo á mas de la mitad del Sacro Colegio. Esto no tiene ejemplo. Es preciso ponerse en la razon, y no poner al Sacro Colegio en el caso de separarse y de protestar la violencia. Es de todo punto imposible formar un plan de conducta sobre otro plan de una exclusiva tan general, que no deje apenas cuatro ó cinco personas, de las cuales algunas son aun muy jóvenes. En una palabra, se quiere coger la luna con los dientes, y esto es una quimera.”

D' Aubeterre no concebía estas lentitudes y delicadezas de conciencia. Los reyes hablaban; su egoismo filosófico y sus tradiciones de obediencia militar estaban de acuerdo con ellos; era preciso que la Iglesia cediese. “Creo muy bien, dice á Bernis en una comunicacion, que el Sacro Colegio teme nuestras exclusiones; pero esto no es razon para que nos privemos de este medio. Excluyendo á los viejos, contamos al ménos, tanto en la clase de buenos como en la de los dudosos é indiferentes, doce sugetos donde escoger. La tiranía no está de nuestra parte, sino del partido opuesto, que nos quiere imponer la ley, y darnos un papa Jesuita ó dependiente de los Albani, que es todo uno. De todos modos, nunca viene mal que tengan un poco miedo. La experiencia que tengo de este pais me ha hecho conocer que este es el mejor medio para determinar las voluntades. Es preciso absolutamente atemorizarles; si no, nos pisotean: segun este principio, no encuentro mal en que sepan que, si eligen un papa á pesar y á disgusto de las coronas, éstas no le reconocerian. Temor á las cortes y respeto é inclinacion á vuesta eminencia, he aquí lo que nos hace falta.”

Lo que hacia falta al embajador de Luis XV era la humillacion del Sacro Colegio y de la Sede Apostólica, en provecho de los novadores del siglo diez y ocho. A esto se tendia por todos los caminos, y Bernis, prelado demasiado cortesano, no supo comprender que se deshonoraria á sí mismo, aceptando, conforme á esta política, la senda de la intimidacion. Llegando ese caso, aun se hubiera encontrado en el Sacro Colegio mas de un individuo de carácter, que apreciando en su justo valor los deberes del pontificado, hubiera repetido á estos nuevos Enrique II de Inglaterra, lo que el cardenal Gratiano (1) decia al rey que mandó matar á santo Tomas Cantuariense: “Señor, podeis dispensaros vuestras amenazas: ellas no nos asustan, porque pertenecemos á un poder habi-

(1) *Palatii fast.*, card. 1, 333.

tuado á mandar á príncipes y á emperadores.” Pero los cardenales y las cortes no significaban tan á las claras el terror; tan solo le insinuaban. En Roma este era el mejor medio para adormecer la vigilancia y paralizar el valor.

Ya dejamos dicho que el duque de Choiseul, de concierto con los jansenistas y con los filósofos, tenia un agente, que, verdadero espía y calumniador, hacia toda clase de papeles para envilecer á la Santa Sede y deshonrarla á los ojos de toda la cristiandad. Dufour, con quien los Jesuitas deben honrarse, contándole en el número de sus enemigos, profesaba á la dignidad del Sacro Colegio la misma opinion que el marques D' Aubeterre, diferente tan solo en el espíritu y la forma. Con ese instinto, que hace que agrada de la corrupcion á los corrompidos, habia sentido que en nada se retrocediera por vergonzoso que fuese, con tal de abatir á los Jesuitas. Habia sondeado á los enemigos que tenian en Roma cómplices suyos, por ausencia. Desde el 9 de Abril de 1766, tres años ántes de la muerte de Clemente XIII, tomó sus precauciones, y trazó un plan para comprar a cualquier precio una mayoría en el Sacro Colegio.

“Sin que pudiera sospechar nadie la menor cosa, escribe este Dufour, llegaremos á hacernos dueños del futuro cónclave. Los cardenales franceses tendrán la lista de los amigos y no harán mas que observarlos. Se podrá desde luego añadir al trato hecho con aquellos á quienes no se entregue el dinero sino despues del cónclave, que garantida por la palabra del cardenal encargado de las instrucciones de la corte, se aumentará la cantidad de. . . á la suma principal por cada voto que el *amigo* haya adquirido; pero á condicion de que el cardenal encargado de las instrucciones de la corte, esté de ello convencido, y que el que se haya captado, se sepa de fijo que no está comprometido por otra parte.

“De este modo, ganando á cinco ó seis cardenales, se puede ganar á casi todos, al ménos entre los romanos, porque en cuanto á los extranjeros, es menester asegurarse por medio de sus cortes respectivas. En general, debe comprenderse entre los romanos, á todos los italianos.

“Valiéndose de este proyecto, se podria tener esperanza y lisonjearse de dar al estado eclesiástico un príncipe temporal digno de reinar, y de hacer felices á sus súbditos, porque aquí el proponente hace completa abstraccion del soberano pontificado, y seria un escándalo prestarse á la menor simonía. Lo espiritual no debe ser mirado sino como una consecuencia, que para nada debe entrar en esta intriga. El que fuese capaz de reinar, lo seria tambien de gobernar la Iglesia, y se harian dos bienes á la vez; pero la compra de dos votos no debe recaer sobre el obispo de Roma, sino sobre el principado temporal.”

Esta teoría de la compra de votos, que á haberse realizado, hubiera trasformado el cónclave en una feria parlamentaria, habia sido juzgada como impracticable por el mismo Choiseul. El autor fue recompensado por su buena intención, y D' Aubeterre buscó otros medios ménos vergonzosos en la forma, pero igualmente culpables en su fondo.

Sin embargo, el plan de Dufour se avenia tambien con las secretas ideas de los diplomáticos, que Azpuru y Azara, su rival, se apoderaron de este proyecto para extraer de él una ignominia. Como pensamiento suyo se sometieron á la aprobacion de Carlos III de España. Este príncipe, al mismo tiempo que hacia construir iglesias en Roma, como para ocultar bajo el mármol de sus cimientos las iniquidades con que atormetaba á la cátedra de San Pedro, autorizó á sus plenipotenciarios para que obrasen en ese sentido. Azpuru obedeció; pero Azara, ya fuese por contrariar al embajador, ó quizá por un espíritu de honradez, dió parte al cardenal de Bernis del escándalo que se iba á cometer. Este último comprendió que la indignacion del Sacro Colegio iba á estallar á la primera insinuacion de ese género, y el 16 de Abril escribe á D' Aubeterre:

“Respecto á la *idea abandonada* (habla del proyecto de Dufour) supongo que habreis reflexionado que esta clase de manejos no pueden confiarse sino á una sola persona (despues de cerciorarse que ésta no lo repugna) y no á cinco ó seis ministros diferentes, y por consecuencia á otros tantos secretarios; ni á cinco cardenales, de los que algunos han sido y son aun amigos de la gente que se quiere destruir. ¿Qué sacerdote se encontrará tan imprudente (aun cuando creyese legítimo el medio) que quiera confiar su honor á tantas personas? Hé aquí (se ha dicho entre nosotros) sobre este punto como sobre algunos otros, la gran falta de este cónclave. Es imposible que tantos cónsules con facultades iguales gobiernen igualmente bien una república. Por lo que á mí toca, estoy muy tranquilo, porque de nada soy responsable. Pero á no ser por un milagro, los negocios no tendrán gran resultado con este método.”

El milagro no vino; pero Bernis, en pugna con su conciencia y su servilismo cortesano, trató de conciliar las diferentes exigencias, llevando la cuestion de simonía ante el rey de Francia. El 19 de Abril se explica de esta manera en un despacho al duque de Choiseul:

“Su magestad ha visto, que MM. los cardenales de Luynes, Orsini, Neri y yo, pensamos que el acomadamiento propuesto por el ministerio de Madrid, para obtener del papa futuro una promesa por escrito (como condicion *sine qua non*) no puede acomodarse á las reglas canónicas adoptadas sobre este punto por los tribunales seculares, y confirmadas por muchos decretos de nuestros reyes.

El cardenal de Luynes ha manifestado sus reflexiones sobre esta materia tan delicada á M. el marques D' Aubeterre en varias memorias, que nos han parecido tan sensatas como teológicas. Se debe elogiar al ministerio español por haber sometido su dictámen al juicio de los cardenales de las tres coronas. Les recomienda expresamente que no aventuren la ejecucion de este medio sino estando seguros del éxito, y despues de ser reputado como honroso á las córtes y útil á sus designios.

“No habiéndonos remitido el rey instruccion alguna sobre este incidente, su religiosidad y la de su consejo nos es demasiado conocida, para temer que jamas se nos ordene nada que sea contrario á las reglas de conciencia. La esperanza de procurar á los estados católicos un reposo seguro y duradero con la secularizacion de los Jesuitas, ha podido hacer creer al ministerio de Madrid, que esta intencion bastaria por si sola para que desapareciese la irregularidad de semejante acto. Esta misma razon pudo muy bien quizá sorprender igualmente á M. el marques D' Aubeterre y á M. Azpuru; pero éstos no calcularon que es un principio inconcuso, que nunca deben quebrantarse reglas positivas aun con intencion de hacer un bien. Si fuese permitido interpretar asi las leyes canónicas y hacerse superior á ellas, su observancia se haria arbitraria, la intencion justificaria siempre las infracciones, y los abusos ocuparian el lugar de las leyes. Los ejemplos que pueden citarse de semejantes compromisos, prueban solamente que la ambicion es muy fuerte y los hombres muy débiles. Clemente V, al destruir el Orden del Temple, no ha podido ocultar á los ojos de la posteridad, á pesar de todo el aparato de procedimientos y fórmulas jurídicas y de la decision de un concilio, el secreto de este negocio. Pero fuera de esto, el rey debe estar muy persuadido de que si bien nuestra opinion es de que no puede ejecutarse el medio propuesto por la corte de Madrid, tambien creemos y estamos convencidos, atendiendo á la conducta que los tres monarcas han observado con los Jesuitas (conducta de que no deben dar cuenta sino á sí mismos) que seria muy ventajoso al reposo de los estados católicos y á la tranquilidad de la Santa Sede, que el futuro papa se decidiese á secularizar á los Jesuitas, y nosotros no olvidamos nada (sin faltar á la prudencia) y en conformidad con nuestras instrucciones, de cuanto pueda dar á conocer la ventaja y necesidad de esta medida.

“La politica exige, en efecto, que se arranque la raiz del árbol cuyas ramas se ha creído conveniente cortar (1).”

(1) El duque de Choiseul y el consejo del rey recibieron este despacho del 19 de Abril, tal como le damos; pero en la misma minuta, el cardenal de Bernis habia desenvuelto su idea. No sabemos los motivos que le impidieron comunicarla al gabinete de Versalles; sin embargo, por interes de la historia y

La Compañía de Jesus era este árbol. Por todas partes se buscaba el hacha que debia echarla por tierra; pero la energia de la mayoría del cónclave paralizaba sus esfuerzos. El 22 de Abril, Bernis escribe á D' Aubeterre: “He recibido el billete de vuestra excelencia núm. 24. La indiferencia de la corte de Viena sobre la eleccion de papa es causa de la que nos muestra Pozzobonelli. Se encuentra rodeado de nuestros enemigos, es débil, y lleva sus miras particulares. No le pierdo de vista. Me parece que despues de las primeras confidencias que tuve con él, no debemos ni buscarle demasiado ni desentendernos totalmente de él. Ya sabeis que es contrario á la supresion de la bula *In cœnâ Domini*.”

“La conversacion de Orsini con el viejo Corsini no ha sido tan nerviosa como debió serlo. El valor en presencia del enemigo es raro en el cónclave, y no existe casi sino en las cartas. El cardenal Rezzónico recorre las celdas y reune su gente; Orsini hace otro tanto por su parte. Estoy muy contento de que mi plan sea de vuestra aprobacion. Ni las reflexiones de Azpuru, ni aun las nuevas instrucciones que vengan de la corte de España, no deben hacer cambiar de parecer, porque en Madrid y en otras partes no están bien informados de lo que se puede hacer ó dejar de hacer en un cónclave. En una palabra, nosotros tenemos nuestras instrucciones, las cuales seguiremos, á ménos que vuestaa excelencia no nos mande otras nuevas, conformes á las órdenes que vos habeis recibido de su magestad para ser ejecutadas.

“Expresamente nos está recomendado por nuestras instrucciones el obrar de concierto en el cónclave con los cardenales españoles y napolitanos. Pero es necesario que de nuevo nos autoriceis por medio de una carta sellada y escrita á nombre del rey, para el caso de tener que dar algun paso violento, ya sea de exclusion, ya de

para conocer mejor la verdad, copiarémos la parte de texto que está borrada de la mano misma del cardenal. Bernis continuaba así su despacho.

“Dos grandes dificultades se presentan en este negocio; la primera es, que hay pocos hombres en el Sacro Colegio que estén persuadidos de esta verdad política, y que se atrevan, por consiguiente, á dar este gran golpe. El crédito de los Jesuitas en el colegio de cardenales, la aprobacion que una tan larga sucesion de papas han dado á las constituciones de esta Orden, harán siempre gran impresion en el papa, sea el que quiera, y con mayor razon, en el que á la debilidad de carácter reuna una edad avanzada; y ademas, aunque el pontífice nombrado tuviese resolucion para llevar á cabo semejante disposicion y la superioridad suficiente para prescindir de un Orden tan afecto á la Santa Sede, aun suponiendo que no le detuviese el temor de suicidar á la Santa Sede, jamas se resolveria á proceder á la destruccion, sea cual fuese la promesa ó compromiso con que pudiese ligarse, sin guardar, al ménos, las formas de las reglas canónicas. Estas emplearian mucho tiempo. Los príncipes temporales en ocasion semejante, pueden obrar mas de priesa; pero al soberano pontífice no le es permitido arreglar su conducta sino sobre la observancia de los cánones.”

Quando el cardenal Bernis escribió estas líneas, en las que cada palabra es una confesion, no contaba con Clemente XIV ni con el cardenal Malvezzi.

declaracion al Sacro Colegio. Hemos consentido que en las exclusiones que los napolitanos y los españoles juzguen por conveniente hacer, se pongan estas palabras: *De convenio é inteligencia con su magestad Cristianísima*, con el bien entendido que vuestra excelencia aprobará por escrito esta medida y la cláusula que la acompaña, como conforme á las intenciones y órdenes de su magestad; sin lo cual nos atendríamos solamente al texto preciso de las instrucciones. Me permitiréis tenga el honor de haceros presente que es preciso poner todo esto en regla, pues muy luego vendremos á las manos; y entónces será difícil convenirnos. Despues de la llegada de los españoles haré que venga Cornuault á una ventana segura, á fin de poder escribiros cuando sea necesario.

“Orsini os entregará pasado mañana el voluminoso legajo enviado por M. Azpuru. Mis respetos á vuestra excelencia. Me atufé un poco la noche pasada, y no duermo bien.”

Corrian los dias y las semanas entre estos tráficos individuales, y complicaciones de la política con la moral y entre las serias dificultades que la intriga provocaba ó no podia superar. Los candidatos al papado estaban excluidos, ó por la probidad de unos ó por la injusticia de otros. La excision era notoria entre ámbos campos, cuando los ministros de Francia, de España y de Nápoles propusieron de repente al cardenal Malvezzi.

Favorito de Benedicto XIV y de Passionei, este arzobispo de Bologna, cuyo nombre resonará tan tristemente en esta historia, se habia dado á conocer mas por su ambicion que por sus virtudes. Dotado de talento poco comun, pero impetuoso en sus deseos y dispuesto á sacrificarlo todo por conseguir su objeto, apenas habia cumplido cincuenta y cuatro años. Passionei le habia inculcado un odio al solo nombre de Jesuita, y Malvezzi le abrigaba en el mayor grado. Esta hostilidad manifiesta en todos sus actos y palabras, fué la que le hizo objeto de la eleccion de las potencias, y como enemigo declarado de la Compañía, fué desde entónces el papa que los embajadores propusieron. Su candidatura fué anunciada á los cardenales del partido de las coronas, y un grito unánime de repulsion fué la respuesta á esa proposicion. El 24 de Abril, Bernis se encarga de explicar esta repulsa á D' Aubeterre: “Habéis hecho muy bien en insistir por Malvezzi. Plegue al cielo que vuestro deseo se logre! Se ha explicado mas de lo regular sobre el artículo de los Jesuitas para que pueda retroceder; tan solamente usaría de la exterioridad de las formas, y esto no es de extrañar cuando se llega á ser gefe de la Iglesia. Pero de seguro no le querrán; es demasiado jóven y demasiado ilustrado.”

Malvezzi, segun Bernis, era *demasiado ilustrado* para ser un soberano pontífice, y dos dias despues, el 26 de Abril, el cardenal frances expone al duque de Choiseul los motivos que pesan en

favor del arzobispo de Bologna. Su sola exposicion legitima las repugnancias del cónclave. Leemos en esta carta: “Si el cardenal Malvezzi ha tomado el partido de sostener la máxima de que se haga un papa á gusto de las coronas, es porque se ha persuadido intimamente de que los negocios no se pueden arreglar de otra manera; y á esto le inclina mas su adhesion á la Santa Sede, que la que la que pueda tener á las cortes. Cree, ademas, que es mucho mejor sacrificar á los Jesuitas, guardando por supuesto las formas convenientes, que exponerse al resentimiento de las potencias católicas. Su lenguaje firme y sostenido, sobre este punto le ha granjeado aquí muchos enemigos y cerrado quizá para siempre la puerta al pontificado. Se atreve á decir sin rebozo que por espíritu de religion se nos debe proponer un papa de nuestro agrado y un secretario de estado de nuestra absoluta confianza. Sacarémos el partido posible de un lenguaje tan conforme á nuestras instrucciones. De todos los cardenales, Malvezzi, á mi parecer, es el mas emancipado de las ideas ultramontanas.”

En su billete diario al marques D' Aubeterre, el 17 de Abril, Bernis profesa una doctrina que, para un obispo y un príncipe de la Iglesia, aparece tan poco canónica como admisible á los ojos de Roma. “Estoy convencido, decia, de la máxima de que puede ser válida la eleccion de un papa cuando se han guardado las formas, pero que hay necesidad de que sea reconocida como tal por los soberanos para que surta sus efectos.”

El galicanismo, explicado por las palabras de los protectores de la impiedad en el siglo XVIII, adoptaba esta teología que Malvezzi hubiera desenvuelto sobre la cátedra romana. La diplomacia tenia interes en la eleccion de este sucesor de San Pedro, y el 25 de Abril, D' Aubeterre y Azpuru, que acababan de excluir á los cardenales Colonna y Pozzobonelli, ya no ocultaron el pensamiento de las tres cortes; necesitaban un filósofo para reemplazar á tantos inmortales pontífices que prepararon la gloria de la Iglesia y el bien de la humanidad. Los embajadores, los cardenales de las coronas buscan esta persona en la lista que la España habia designado y que ya queda referida. El 25 de Abril D' Aubeterre escribe á Bernis: “He recibido el billete de vuestra eminencia, núm. 30. Las disposiciones de las cortes son las que adjuntas mando á vuestras eminencias. En ellas no he tomado parte mas que por Malvezzi. Si me hubieran creído, la clase de los indiferentes se hubiera confundido con la de los buenos, y vuestras eminencias pudieran tener mas campo para elegir. Pero por mas que he hecho, no he podido inclinar á M. Azpuru á que ponga á Stoppani entre los buenos. Ha sido preciso dejarle tal cual le han calificado en España. Del mismo modo hubiera colocado á Rossi entre los indiferentes. No es porque yo le crea un talento de primer orden,